

JOSE DE ARMAS Y CARDENAS.

Brillante conferencia leída por nuestro compañero José Antonio Ramos en la velada del Ateneo, en conmemoración del segundo aniversario de su muerte.-

Señoras y señores:

Desde que supe que iba a ser encargado de ésta honrosísima tarea, me dispuse a aceptarla.

Perdóneseme, pues, que a guisa de exordio y en vez de comenzar por hablaros de mi modestia y mi incapacidad para juzgar a José de Armas, os confiese, por el contrario, que me creo muy autorizado para hacerlo. Y no a título de crítico cabal—que a nadie he dado el derecho de juzgarme capaz de tal pretensión—sino como amigo, amigo quizá el más íntimo: seguramente el de su mayor confianza en los últimos años de su vida. Me lo dijo él mismo y me lo escribió muchas veces. Pero su afirmación, con valer tanto, me parece como prueba de valor inferior si la comparo con el inestimable de sus cartas en sí: con lo que sus cartas—que guardo como una reliquia—me dicen todavía.

Yo no sé, desde luego, no veo con la claridad que quisiera, lo que voy a decir de él. Por lo mismo que soy locuaz—y quizá con exceso—en la conversación corriente, soy premioso y vacilante exageradamente descontentadizo al escribir. Y yo podría estar hablando horas enteras de mis recuerdos sobre "Pepe" de Armas. Pero seguramente, al callar, obligado por las protestas contra la extensión y desorden de mi charla, se me ocurriría lo mejor, lo más interesante.

Y mi fracaso me importaría quizá algo por mí; pero mucho, muchísimo más por mi muerto querido, por cuya gloria quisiera ser ahora lo que por cuenta propia y para lo que sirve—según el vivo ejemplo de mi gran amigo—poco me importa ya.

De este modo, acumulando ideas sueltas, escribiendo y tachando, preparando algo como un artículo para leerlo ante algunos amigos, es probable que haga algo concentrado y serio, digno si nó de José de Armas, al menos de este sencillo recuerdo a su memoria que la Sección de Literatura del Ateneo de la Habana ha querido consagrarle en este segundo aniversario de su muerte.

Todos conocéis a José de Armas tanto o mejor que yo. Si consigo ayudaros a evocar el recuerdo de algunas de sus páginas, de su vida sin ventura, de la extraordinaria significación de sus actividades literarias y políticas en nuestra dolorosa historia, habré realizado todo mi propósito, todo lo que me siento capaz de hacer.

Nació José de Armas y Cardenas en la villa de Guanabacoa—y no en el extranjero, como se dijo mucho tiempo—el año 1866. El nos dirá, en una de las cartas que pienso leer después de este trabajo, como se crió en "un hogar en que se adoraba a Carlos Manuel, en que se hablaba bajo y con odio del patón" y como lloró muchas veces de niño al ver la bandera española en el Morro, y al subir la cuesta de la Fortaleza de la Cabaña, de la mano de su madre, a ver al abuelo de ochenta años encerrado en un calabozo por el crimen horrendo de amar y defender la dignidad humana.

Al calcular sus doce o trece años, sin embargo, nos encontramos que esa edad, crítica en nuestra inteligencia, corresponde en Armas con los años setenta y ocho a ochenta de nuestra historia, cuando la República de Cuba debió ser un sueño, una pesadilla horrible la guerra, y la realidad un afianzamiento indefinido de la soberanía española en Cuba.

Sus sentimientos patrióticos, bueno es tenerlo también en cuenta, debieron desarrollarse como emponzoñados por el morbo fatal del partidismo político. Quizá por eso murió en el santo horror de ese mal incurable que nos mata. Porque su padre, Don José de Armas y Céspedes, cubano de grandes méritos y exaltado patriotismo, fué un hombre discutidísimo, que actuó muchas veces durante la guerra de los diez años con más orgullo de su propio patriotismo que acierto de conspirador y humildad de revolucionario, de hombre comprometido en una causa en la que el sacrificio absoluto era su única fuerza, su esperanza única. Quien conozca el famoso

"Manifiesto" de New Orleans, y sus causas y efectos, comprenderá mi juicio. Y comprenderá que no añada aquí una explicación—por lo extensa que resultaría forzosamente—de este juicio mío, quizá, por otra parte, equivocado.

"Le confieso mi pecado, Ramos—me dijo él en una de sus cartas, fechada "Martes 27 de Febrero (por la noche) 1917"—Yo he tenido la ambición de hacer dinero—recta y honradamente—pero no millones, sino lo bastante para poder comprar muchos libros y vivir retraído, sin depender de nadie. Pero la ambición de mandar, no la he tenido nunca. Al contrario, siempre he huido a las responsabilidades de un cargo. Cuando me recibí de abogado (mucho antes de la guerra, por supuesto) un primo de mi padre, el célebre austriacante Ramoncito de Armas, era Subsecretario del Ministerio de Ultramar, y le escribí a Papá proponiéndole nombrarme promotor fiscal y enseguida juez de primera instancia. Yo me horroricé y me negué. A papá le gustó mi actitud, atribuyéndola, sin decirme, a sentimientos anti-españoles... y recuerdo que Don Manuel Calvo (el cacique español, que era amigo de papá bastante íntimo: anécdota curiosa que le referiré algún día, como era padrino también de nuestro gran heroe del 68 Lencho Jiménez) francamente declaró que yo me negaba por mambí. Y estaban equivocados. No pensé en eso. Entonces nadie pensaba en eso, y ni Martí había comenzado una propaganda sería. Lo que yo sentí fué horror a un cargo, a ser juez, a sentenciar a otros, a disponer de la suerte de otros, y a equivocarme. Ni en sociedades particulares he querido cargos de directiva. A ese extremo llevo."

Así nos lo presenta Sanguily, iniciado ya desde su primera juventud en los estudios clásicos de literatura castellana, disertando a los 18 años desde la tribuna del Nuevo Liceo de la Habana, sobre la Dorotea de Lope de Vega.

"En un tiempo los cubanos brillaban en primer lugar como humanistas, en castellano—dijo Armas en el primer fascículo de "El Peregrino"—Hoy desgraciadamente no se observa allí el menor gusto por la historia literaria de nuestro idioma, y se prefieren las obras más fáciles de imaginación... a los traba-

jos de erudición y crítica, serios y concienzudos".

Escribía esto en 1913, y al hacerlo pensaba—como me dijo al publicarse ese primer tomo de su revista—en su propia juventud, cuando el ejemplo de la gran generación de principios del siglo servía de precioso estímulo a Varona, Sanguily y otros jóvenes, como él ambiciosos e inteligentes.

Porque Armas emprendió desde muy joven el buen camino. Viene ahora claro a mi mente el recuerdo de nuestra conversación aquella tarde, en su casita de "La Guindalera":

—"Dice Vd., Armas, que en su tiempo se preferían los estudios serios. Ahora también, los que se hallan al nacer a la vida del espíritu con el ambiente de familia y la tradición que encontraron Varona, Sanguily y usted y otros de su tiempo, suelen escojer—¿qué digo escojer;—suelen seguir esa ruta en que ya felizmente se encontraron colocados. Ah tiene usted a Márquez Sterling, a Carricarte, a José María Chacón... ¡Los otros no tuvimos la biblioteca de papá o de tito, ni sus consejos, ni la menor idea siquiera de la generación de principios del siglo; A la edad en que Ud. disertaba sobre la Dorotea de Lope yo no conocía más autores de Julio Verne, el Capitán Mayne Read, Kropothine, Paul de Kock y Zamacois. Pregúntele Ud. a "Pote" qué hizo de la biblioteca de mi padre, que se robó de mi hogar deshecho con la tácita complicidad de algunos pseudo-amigos de la casa. ¡Pues aún hay otros, en peores condiciones que las mías...!"

Armas reconoció aquella tarde que, apesar de todo, el ambiente de la paz del Zanjón fué más favorable a la cultura en Cuba que éste ambiente nuestro de hoy. Y que si el ejemplo de los Saco y Agramonte templó el acero de los Sanguily, y el de los Varela y Aguilera buriló el diamante que es Varona... el de José Miguel y Marius Rex no puede dar sino esto, esto que es nuestro presente de hoy: García, Pérez, López, González y Fernández paseando en automóvil, viajando en trasatlánticos, jugando en Montecarlo y veraneando en Biarritz, o cobrando en casa sus "botellas", para no hacer nada, absolutamente nada digno de su figura y apariencias de hombres. Que las familias de antaño solían dejar rarezas bi-

ВЕРОВЪ БРОАІІІІІІІІІІ

DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR

DE LA HABANA

a

3

1000054

Biográficas y ejecutorias de patriotismo y sacrificios; y las de nuestros tiempos no han dado más que colonias de caña, coleccionadas y sinecuras diplomáticas y consulares.

Se me dirá—ahora lo advierto—que a Armas se le dió también dinero. Que Varona fué Vicepresidente y Alfredo Zayas es ahora el Presidente de la República... y que yo mismo he sido Cónsul... ¡ni sé como! Es verdad. Lo reconozco. Y perdóneseme ésta injusta queja.

¡Somos tan exigentes los literatos!

José de Armas y Cárdenas—iba diciendo—inició con relativas ventajas su vida intelectual. Pero bien pronto superó él

con su esfuerzo todas esas ventajas. Aprendió idiomas, y de los tesoros de la literatura castellana—ejercicio vigorizador y utilísimo de su primera juventud—pasó al conocimiento de los escritores ingleses, donde no todo es imaginación y sentido oratorio de la vida. Ahí quedan sus dos ensayos sobre el Renacimiento, parte de uno de esos grandes planes de la juventud que él tan sabia y melancólicamente expuso en el prefacio de su libro. Están ampliados posteriormente, pero fueron escritos alrededor de sus veinte años. Y cuando a tal edad se ha leído ya lo que esos estudios revelan, no es extraño que se escriban más tarde esos camafeos estupendos de "Historia y Literatura".

Ni que del cervantismo, esa curiosa secta literaria que ha hecho ya imposible la lectura del Quijote, haya salido ese libro admirable "El Quijote y su época", que es toda una rehabilitación del pobre Don Miguel.

No se limitó él, sin embargo, a la aptitud para leer concienzudamente en inglés. Fué a los Estados Unidos, despojó su mente de todo prejuicio racial, y se hizo renacer a sí mismo dentro del acervo espiritual de aquel pueblo. Los servicios que pudo prestar así a su patria no son del todo conocidos, ni lo serán nunca tal vez, por su misma oscura naturaleza de servicios secretos, básicos sin embargo en la historia de los grandes hechos.

Ahí están sus artículos de "The Sun"—el diario neoyorkino mejor redactado de su época—en el que nuestro compatriota llegó a ser redactor. Sólo conozco algunos recortes, que vi un día cubiertos de polvo, revueltos, destrozados materialmente, en los gavetones de un mueble indefinible, atestado de libros y olvidado casi en un cuartucho de la casita de "La Guindalera". Conservé mucho tiempo unos fragmentos de cierto memorable alegato en pró de Cuba, cuando en 1896 la mujer de Dupuy de Lome, Ministro de España en Washington tristemente célebre después, preparaba un hábil golpe contra la insurrección, de acuerdo con un grupo de norteamericanos "torios", defensores acérrimos del despotismo hispano, como de cualquier otro. Ya no espero encontrar de nuevo esos recortes entre mis papeles.

Pero las colecciones de "The Sun" son fáciles de hallar en las Bibliotecas públicas de New York. Y ahí estarán siempre esos datos históricos casi desconocidos por nosotros, y que si no nos importan ahora es lógico que así sea, cuando no nos importa ya ni nuestra dignidad de cubanos.

Armas, con su dominio de la lengua inglesa y su conocimiento profundo de la política y los hombres de Norteamérica, prestó incalculables beneficios a la revolución cubana. Y aun después de la República, no sé si me estará vedado recordar aquí quien fué el hombre-providencia que actuó entre el General José Miguel Gómez, Mr. Taft y el secretario de éste, Mr. John G. Rockwood en el año fatídico de 1906. La carta que redactara con el General Calixto García, al menos—dirigida al inepto jefe de las fuerzas americanas que tomaron a Santiago de Cuba en 1898 más por la fuerza de las circunstancias que por la del espíritu de sus guerreros—es harta conocida. Cuando el General Calixto García—que no era de la clase de estos que nos han quedado más para azote que gloria de la patria—confió en aquel momento en José de Armas, algo debió saber aquel preclaro cubano de los méritos de éste.

Armas, como José Antonio Saco, tuvo atisbos inolvidables. En 1895, al decirse que vendría de Capitán General a Cuba el simbólico Weyler, dijo que de confirmarse la noticia los cubanos tibios podían ir haciéndose una resolución, porque Weyler vendría a suprimirlos para siempre.

... de esos ...

... de ...

a

belungo"? ¿Por qué obligarle, después de haber escrito el dúo entre Wotan y Brunhilda, o la cabalgata de las Walkirias, o los lamentos desesperados de Tristán, a temblar de frío sobre un jergón de paja, y a cenar a la mísera luz de un candil de aceite un plato de coles con una cuchara de palo?"

"Pero aunque esto no sea justo, el grave error de Wagner consistió en creer que no era posible, y en degradar su personalidad, apelando a préstamos los cuales solo podía y sólo intentaba devolver con placeres estéticos y vislumbres de gloria. Se equivocó suponiendo a la humanidad más culta de lo que es realmente, y que sus óperas importaban mucho al mundo. Gracias al haber tropezado con otro loco sublime como él—Luis de Baviera—no vino a parar con sus poemas inmortales a una cárcel."

"Preciso es tener muy presente ésta verdad para no formarse un concepto erróneo de la vida: lo que menos importa a los hombres es la cultura, lo que menos

les atrae es el arte, lo que menos les entusiasma, la ciencia misma, cuando no tiene aplicaciones a la industria o al comercio. La inmensa mayoría de los seres humanos que aparenta ocuparse de la ciencia, del arte y de la literatura, finje, por vanidad, poseer una afición de que carece en absoluto. Por esto, porque son muy pocos los peritos en esas cosas, son posibles las reputaciones usurpadas, y la popularidad, y hasta universalidad de obras mediocres, mientras otras, de verdadero mérito, pasan inadvertidas. Por eso son posibles también la moda y el mal gusto en cuestiones de arte, y la osadía puede usurpar sus triunfos al talento."

"No dudo que llegará una época, cuando la cultura intelectual de las masas, sustituya a la imbecilidad repugnante que gobierna hoy el mundo, y entonces, por el hecho de escribir "Lohengrin", un hombre podrá habitar en un palacio. Por esa edad de oro del intelecto y de la belleza está muy lejos todavía, y mientras tanto, sólo caben dos

caminos al que nace con la desgracia de una irresistible vocación literaria o artística: el de resignarse a la infelicidad, vivir entre los suyos, conforme con el voto y el aplauso de una pobre minoría de desdichados como él, trabajando noble y silenciosamente por la elevación de esas mismas masas ignorantes que lo desprecian... o renunciar a la chispa divina que siente en el alma, apagarla como apaga el criminal la luz para no ser visible a sus perseguidores, y buscarse, como los otros, por la astucia, o la adulación, o el miedo (pues la mayoría de los brutos es también muy cobarde) su puesto más o menos conspicuo en la fiesta donde se distribuyen los bienes de este mundo; y sentarse, bien suelta la pretina y holgada la panza, con un ojo sobre el plato y otro sobre el libro, no de historia, literatura, ni filosofía, sino de cheques."

La Roche
Curso 1922

... esos vislumbres...
... los perseguidores...
... el miedo...

... lo mismo de...
... los bienes de este mundo...

... el plato y otro sobre el libro...

... con textos de autores...

... los peritos en esas cosas...

... la cultura intelectual de las masas...

... el hecho de escribir "Lohengrin"...

... la edad de oro del intelecto...

DOCUMENTAL